

tenían la mirada fija en la pobre Clementina, cuya palidez contrastaba con los sonrosados colores del sol poniente.

Cuando terminó la fiesta, don Romualdo acompañó al tío Toni hasta la cueva, y Clementina y Rosalía no quisieron dejarlos ir solos. Entraron en la cueva, mientras Manolillo conducía sus ovejas al redil y Miguel y Tecla se hacían cruces de todo lo que ocurría.

La noche cerró, y los huéspedes de la cueva no salieron. Tecla esperaba con ansiedad, y el bueno de Miguel, con la ligereza que le permitían sus años, se encaramó por aquellos cerros, mientras su mujer rogaba á Dios que no ocurriese ninguna desgracia.

CAPITULO VII.

LA CUEVA.

En el interior de la cueva se observaba el mayor asco en medio de la pobreza. El alma sentía profundo respeto al entrar en aquella rústica morada. Y era que comprendía tal vez que el apego del venerable anciano á aquel albergue, nacía de que la tierra esperaba ya su cuerpo, y el espíritu, alejado del mundo bullicioso, buscaba la vida contemplativa para volver al seno del Eterno.

—Una vez que la casualidad ó mi suerte nos tienen reunidos, voy á contar á ustedes una breve historia que les podrá explicar el por qué deseo yo vivir aquí mucho tiempo, hasta que Dios sea servido que la muerte acabe mis días.

Sentáronse todos. La enferma y su amiga sobre una arca pequeña, don Romualdo en una silla baja sin respaldo, y el tío Toni sobre una cama, que no levantaba un palmo del suelo. Encendió este último una lamparilla que tenía colgada en la pared, y á los reflejos de su luz, triste y pálida, veíase

un Crucifijo en la cabecera de su cama, y comenzó á hablar de este modo.

—Yo aquí donde ustedes me ven, he estado en el sitio de Gerona y he defendido la plaza y me he batido como un leon contra los franceses, y he llevado en mi pecho cruces y condecoraciones, y he tenido la honra de que me diera su brazo el valiente general Castaños despues de una batalla. Cuando me marché del lado de mi mujer, vamos, no sé cómo Dios me dió fuerzas para tanto. Yo tenia una hija, señor don Romualdo, una hija mas hermosa que las estrellas; tuve que abandonar á las dos y encargué su cuidado á un hermano de mi pobre mujer, que lloraba, lloraba, hijas mias, como yo. La niña era crecida ya, y al despedirse se agarró á mis rodillas;—padre, padre..... no se vaya usted, que nos moriremos..... ¡Figúrense ustedes cómo estaria yo! Por fin las abracé, y sin decir adios, tomé el camino de Barcelona. Vivian aquí, en este mismo sitio. Yo estaba ya muy lejos, y aun oia sus quejidos y aun las veia llorando delante de esa cruz que ustedes ven. Entonces habia una casita muy hermosa en donde nos hallamos ahora. En Gerona caí, saltando terrados, y fui á parar á una galería. Creyeron que habia muerto; Dios no lo quiso, y mi buena estrella me salvó de las garras del enemigo. Supe allí que mi hija se habia casado despues de morir su pobre madre (que Dios tenga en la gloria), y que de aquel matrimonio hubo una niña á quien pusieron Antonia, consagrándome ese recuerdo.

¡Pobre hija mia!

El tio Toni, al decir esto, suspiraba amargamente, y mas de una vez las lágrimas cayeron sobre sus manos.

—¡Ay, señor don Romualdo, continuó el anciano viendo la

pena de los que le escuchaban; cuando volví, estenuado por la fatiga, cuando volví á la casa de mis padres, en donde oree encontrar algun resto de mi familia, solo hallé estas rocas. Yo llamaba á mi mujer, á mi hija, á todos los que fueron mi alegría, y solo respondió el eco de mi voz. Hice una escavacion y encontré el Crucifijo que ustedes ven allí; ¡triste recuerdo de mi familia y que expresa dolores mas agudos que los míos! Trabajé mucho, mucho, y conseguí formar esta cueva. ¡Ah, estos dos ángeles me han socorrido sin que yo lo supiera!..... ¡Benditos sean!..... ¡Benditos sean!.....

Miguel entró en aquel instante muy azorado, creyendo que habia ocurrido alguna desgracia, y se tranquilizó al ver que se habia engañado.

Bajaron de la cueva don Romualdo, las dos angelicales criaturas y Miguel.

El tio Toni los veia alejarse al resplandor de la luna, elevaba la mirada al cielo y bendecia aquellas almas puras y dignas de la felicidad en la tierra.

A lo léjos, el mar hacia oír su fresco murmullo. Clementina y Rosalía fijaron su vista en el inquieto reflejo de la luna en las olas, y recordaron la historia de sus amores.

La vida que Clementina y Rosalía disfrutaban en el campo, era tan conmovedora como el acento del marinero allá en las altas horas de la noche al compas del vaiven de la embarcacion. Por la mañana recorrían el jardinillo próximo á la casa, y á su vuelta ya tenia la cuidadosa Tecla preparados dos enormes vasos de fresca leche. Rosalía en los paseos servia de apoyo á su amiga y la miraba con ansiedad, midiendo su respiracion y estudiando sus miradas. La enferma

se cansaba extraordinariamente, lo cual hacia que se sentaran con frecuencia.

Al anoecer de un hermoso dia de primavera daban su acostumbrado paseo, y sintiéndose mas débil Clementina que otras veces, paróse junto á la fuentecilla del camino, miró al cielo y despues á Rosalía, y

—¡Aun le veré!..... ¡Sí!..... dijo con acento ahogado.

—¿No lo has de ver?..... ¿Vamos, y por qué no? Mira, consuelo de tu hermana, sentémonos aquí.

Sentáronse, y la enferma dejó caer nuevamente la cabeza sobre el hombro de Rosalía, que temblaba y hacia porque los suspiros no revelasen el estado de su corazon.

—Mira, Rosalía; él, Dios sabe dónde estará; no se acordará de nosotras que tanto lo recordamos.

Y diciendo esto, cruzó las manos como en ademán de orar.

—Vamos, Clementina, no pongas así las manos si no quieres que me enfade.

Y separó ella misma aquellas manos frias, y las tuvo estrechadas contra su seno.

Estaba la noche cerca, y avanzaba sus sombras con rapidez. Levantáronse para encaminarse poco á poco hácia la casa, y el ruido que producía el galope de un caballo les hizo volver la cabeza; despues miraron con asombro y curiosidad sin detenerse á pronunciar una palabra. Aproximábase cada vez mas el objeto que las sorprendió, y se abrazaron estrechamente como los niños abrazan á sus madres cuando el temor sobrecoje su espíritu en la noche. Apartáronse las dos á un lado del camino. El ginete detuvo su caballo apenas llegó donde las jóvenes se hallaban. Si hubie-

ran podido ver el semblante de aquel hombre, es muy posible que en vez de asustarse sintieran otra impresion.

Fué un momento de duda en los tres.

Perdíase ya la dudosa claridad del crepúsculo, y no era posible distinguir las facciones del ginete.

—¿Podrán ustedes decirme, preguntó éste, si la casa del tío Miguel está muy cerca?

No fué desconocida para Rosalía aquella voz, y procuró recordar, respondiéndole entrecortada:

—Esa que vé usted ahí es la casa que usted busca.

—Gracias, respondió el ginete mientras miraba á las dos con afanosa curiosidad.

Las miradas de Clementina y Rosalía se cruzaban, queriendo decir:

—¿Le conoces tú?

—Quisiera que me hicieran ustedes el favor de decir si en esta casa es donde vive don Romualdo de Torres con su familia.

—Clementina, á tu papá busca este eaballero.

No bien oyó el nombre de Clementina el recién llegado, con agilidad pasmosa se apeó, y cogiendo con efusion las manos de las dos jóvenes, no pudo reprimir su sorpresa.

—¡Cárlos! dijo Clementina, buscando apoyo en su compañera, porque su debilidad era tanta, que aquella impresion la hubiera hecho caer al suelo.

Rosalía dió un grito de los que solo el verdadero cariño arranca del corazon. Pasados aquellos momentos de silencio en que los que se vuelven á encontrar despues de larga ausencia buscan con los ojos la expresion de lo que ha sufrido ó gozado en aquel período de tiempo, Cárlos se dirigió á la casita, llevando apoyadas en sus brazos á las dos, y dominado

por la tristeza en cuanto pudo ver de día las sombras de la muerte en el semblante de su prima.

No pudo articular una palabra. Su paso desigual indicaba el estado de su espíritu.

Miguel, viendo que tardaban las señeritas, iba ya á buscarlas, cuando se encontró con gran asombro con aquel joven que las acompañaba.

—¡Es Cárlos, mi primo Cárlos! exclamó Clementina.

Y Miguel, sin poder respirar libremente por la alegría que le embriagaba, exclamó suspirando:

—¡Ay!..... ¡Pues si don Romualdo no le esperaba á usted hasta el mes que viene! Yo soy Miguel, el tío Miguel, su servidor de usted.....

Y diciendo esto, fué á recibir un abrazo que le ofrecía Cárlos de todo corazón.

Cogió el viejo labrador las riendas del caballo, y dirigióse con todos á la casa, en donde fué indescriptible la escena de la entrada de Cárlos con las dos cándidas doncellas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VIII.

ULTIMA ESCENA.

En las habitaciones altas de la casa de campo, hállanse reunidos Miguel, Tecla, el tío Toni, y hasta Manolillo el pastor, que con indecible ansiedad deseaba saber el estado de la enferma, y no hacia mas que entrar y salir á la alcoba, preguntar á Cárlos, á don Romualdo, á todo el mundo.

Sobre un velador sencillísimo lucia un quinqué, cuya pantalla de papel azul con grandes figuras pintadas, habia llamado la atención del pastor mas de una vez. La luz penetraba con rayos tan débiles hasta la alcoba en que se oia la respiración agitada de un enfermo, que inspiraba profunda melancolía.

Sentáronse todos; Tecla entró en la alcoba, de donde salió moviendo la cabeza en señal de pesar terrible. Preguntáronla todos con interés, y su silencio hizo comprender la gravedad de las circunstancias.

—Abrid las puertas, dijo una voz, á cuyo acento Rosalía que estaba mas cerca de la alcoba que las demas, se levantó diciendo:

—Voy, Clementina, voy, alma mia. Abrió las puertas de la alcoba, y besó la frente pálida de la enferma.

—Quiero veros á todos..... quiero oiros, pronunció con apagado acento Clementina.

Y abrió los ojos azules como ansiando luz, y se incorporaba deseando dar un beso á su pobre madre, que no dejó de mirar un momento siquiera á la alcoba.

—Hoy no he tosido mucho; ¿es verdad, Rosalía? El médico me ha dicho que al verano podremos ir todos á Alicante.

—Sí, ángel del cielo, sí, iremos.....

Rosalía tuvo que salir de allí porque se la partía el corazón.

—Cárlos, Cárlos, cuenta alguna de tus aventuras, decía la infeliz para infundir aliento y animación á los que permanecían silenciosos y acongojados.

El tío Toni, cada vez que oía aquella voz, temblaba y dirigía la vista al cielo.

Manolillo se puso á oír con extraordinaria atención.

—Pues señor, allá voy, dijo Cárlos, frotándose las manos y aparentando una jovialidad que había perdido. En el mismo bergantín en que iba yo cuando hice mi viaje á Orán, venía un pobre hombre honrado y virtuoso. Aquel hombre me pareció al principio un loco.

—¿Y estaba loco? preguntó Manolillo con excesiva ansiedad.

—Ya lo sabrás, respondió Cárlos continuando. Llamábase Joaquín, se había casado con una muchacha muy virtuosa, y era feliz como el más dichoso de los mortales; aquel matrimonio tuvo una hermosa niña, cuyo nombre llevo escrito en mi cartera, porque tengo un encargo muy sagrado en la ocasión presente.

—¿Qué nombre? interrumpió Toni que comenzaba á sentir una impresión extraña.

—No recuerdo ahora..... calle usted, luego veremos. Pues el pobre Joaquín me contó que al volver á su casa después de su ausencia, había sabido la repentina muerte de su esposa.

—¿Y la niña? preguntaron todos, y hasta la enferma desde su cama lo preguntó también.

—¡La niña..... quién sabe! Como la madre no tenía ya familia, y ella pedía tener año y medio lo más.....

Cárlos fué á buscar su cartera, se acercó á la luz del quinqué y leyó un nombre:

—«Antonia.»

Si un rayo hubiera herido al tío Toni y á los que le habían oído referir su desventura, no hubiese producido tanto efecto.

Nadie hablaba ya; todos sentían una impresión indefinible. Don Romualdo se levantó para auxiliar al tío Toni, que no sabía adonde estaba ni lo que pasaba por él.

—¿Pero qué es esto? preguntó Cárlos.

—¿Qué es? Que esa Antonia tiene el mismo nombre que pusieron á mi nietecita, y que yo.....

—Sosiéguese usted, sosiéguese usted; pues qué, ¿había de ser tal la coincidencia que esa Antonia de la historia fuese la de usted?

Calmóse un poco la zozobra del anciano, y volvieron á sentarse todos.

Manolillo, al ver la conmoción del tío Toni, enjugó con la manga de la chaqueta las lágrimas que sin querer le saltaban.

—Pues antes de morir Joaquín me dijo que si Dios hacía

el milagro de que encontrara á su hija, podía reconocerla si conservaba el escapulario que llevaba al cuello, único recuerdo que de su madre tenia.

—¿Y ese recuerdo? preguntó Rosalía sin poder respirar.

—Por una de esas inspiraciones divinas que impulsan muchas veces á las madres, me decia Joaquin conmovido, mi esposa colocó en el escapulario el nombre de la niña escrito en un papel que cosió fuertemente para que nunca se separase.

Rosalía levantóse de improviso, sacó un escapulario que llevaba siempre al cuello desde que fué recogida por los padres de Julio, lo abrió, y despues dió el papel que se hallaba cosido á la seda del relicario.

¡Qué momento aquell

—¡Dios mió!..... ¡Dios mió! exclamó la infeliz cogiendo el papel, desdoblándolo con ansiedad, y leyendo: *Antonia*.

Lo que entonces pasó no hay pluma que lo describa, ni pincel que lo trasmita al lienzo en su verdadero colorido.

El abuelo y la nieta se abrazaron mil veces, como dudando de la felicidad que los reunia. Tecla y Miguel se miraban con extrañeza; Manolillo queria marcharse, porque aquellas cosas le acongojaban demasiado; Carlos, el marino valiente, estrechó entre sus manos las de Rosalía.

De repente sale María de la alcoba azorada y trémula.

—Señor..... señor.

Con el mayor sobresalto miran todos á la alcoba: doña Adriana y don Romualdo corren presurosos.

—¡Ay, no entren ustedes, no entren ustedes! repetia llorando la jóven.

Creyeron que Clementina habia dejado la tierra per el cielo, cuando se oyó su voz que daba gracias al Señor por la esce-

na que acababa de presenciar, despues de lo cual, cayó su cabeza sobre la almohada, exhaló un suspiro, y la pobre María creyó que su señorita habia ido á reunirse con los ángeles. Su voz reanimó los corazones de todos.

No se permitia entrar en la alcoba á nadie, pues el médico lo habia prohibido, cuande cayera la enferma en uno de aquellos accidentes.

.....
Pasaron algunos dias, y una mañana de un dia lluvioso de invierno bajaba Manolillo de dos en dos las escaleras de la casa, gritando:

—Señor Miguel, señor Miguel, el caballo del señorito Carlos!

—Pero chico, ¿qué pasa? dijo Tecla asustada.

—Qué..... pero arrégleme usted el caballo que me lo ha dicho el señorito y don Romualdo..... y..... ¡vamos, señor Miguel, hágalo usted por el amor de Dios!

En un santiamen quedó dispuesto y enjaezado el caballo por Miguel, y al ver á aquel chico tan conforme en montar y echar á correr, dijo como reprendiéndole:

—¿Qué haces, muchacho?

—¡Virgen de Monserrat!..... ¿Qué va á hacer ese chico? gritó la buena Tecla

El pastorcillo cogió una silla, puso en ella el pié, montó con lijereza y se embozó hasta los ojos en la manta del tío Miguel.—Anda á escape, gritó, y sin que pudieran detenerle, el caballo echó á correr á escape tendido, con gran espanto de la pobre Tecla, que veia el peligro á que se exponia aquel muchacho.

Entre tanto en las habitaciones altas pasaba lo siguiente:

Las puertas de la alcoba se abrieron para dar paso al

médico, que guardó un silencio aterrador. Habló despues dos palabras al oido de Miguel, y sin haberlas oido la madre, le revelaron que no habia esperanza. Que esas plabras así pronunciadas son un presagio triste para las madres.

El objeto del viaje de Manolillo era buscar un sacerdote, que no tardó muchas horas en llegar. El pastorcillo lo habia hecho subir en el caballo mientras él corria delante sirviéndole de guía.

Entró el sacerdote y fué conducido por Manolillo, de modo que no lo vieran los padres de la enferma ni ninguno de los que tanto la querian.

El tio Miguel abrió las puertas de la alcoba y dejó una lámpara encendida sobre la mesa de noche situada junto á la cama.

—Hija mia, hija mia, repitió varias veces con suave acento el jóven sacerdote.

Era el presagio de la muerte la agitacion de la enferma.

Acercó el sacerdote la luz para ver si habia llegado tarde, y..... cayó arródiado sin poder exhalar un ¡ay! siquiera. ¿Habia muerto Clementina? Procuró recobrase, imploró perdon al cielo, y Clementina oyó pronunciar su nombre, miró á todas partes, y sus ojos se fijaron en los del sacerdote.

—¡Dios mió!..... Julio..... Julio..... ¡Gracias, Dios mio, gracias! Esto era lo único que faltaba á mi corazon..... Lo he visto..... lo he visto..... Viene enviado por el Señor á perdonarme. Tú eres mi ministro, ruégale, ruégale por mí..... yo no sufro..... veo á los ángeles que me esperan entre nubes de gloria..... y tú recibes mi último suspiro. ¡Gracias, Virgen mia, gracias!

Julio oraba, viendo con qué tranquilidad pasaba el alma de aquella vírgen de este mundo al otro, sin padecimiento.....

—Recibe en tu seno, Señor, á esta cándida vírgen, y que su alma bendita sea desde las alturas la estrella que aparte al pecador de la senda del mal.

Un rayo de la eterna gloria dió animacion á sus ojos, y la virtud y la pureza imprimieron en su semblante las señales del justo.

Julio colocó en sus manos un Crucifijo.

Ella, despues de besar muchas veces la imágen del Redentor, se durmió para siempre.

Cuando Julio salió de la alcoba, ¡qué cuadro se presentó ante su vista!

Don Romualdo y su esposa, fijos los ojos en el suelo, no se atrevian á mirar á la alcoba.

El sacerdote exclamó:

—Ha muerto para la tierra, pero ha nacido para la eternidad de los cielos. Dios la ha recibido ya en la gloria.

Rosalía cayó sin sentido al ver á Julio y saber la noticia de la muerte de su amiga por los lábios de aquel.

Don Romualdo y doña Adriana cayeron de rodillas á los piés de Julio.

Cárlos y Julio se abrazaron, compartiendo la intensidad del dolor.

El desconsuelo y la amargura reinaron en aquella casa con todos sus horrores; pero la resignacion cristiana fué dulce lenitivo para tantas penas.

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

LIBRO DE CUENTA

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

CAPITULO IX.

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

EPILOGO.

...después de la cena, cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar, y cuando ya se retiraban a descansar...

Trascurrieron ocho años desde las anteriores escenas.

En una preciosa casa de campo, un jóven de unos veinte años referia á los labradores que trabajaban en sus tierras escenas semejantes á las que yo os he narrado.

—¿Y usted vió todo eso? le preguntaban.

—Como me llamo Manuel; ¡pues si esta casa me la compró el mismo don Romualdo! Sí señor, es mas bueno que el pan y aun vive en Barcelona, y yo voy los domingos allá. ¡Pobrecito! Está viejo y achacoso, lo mismo que doña Adriana.

—¿Pero y la señorita Rosalía, aquella que se llamaba Antonia y que era tan buena como la difunta?

—Se fué á vivir con su abuelo. ¿Veis aquella casita que está á la falda del monte? Pues allí están los dos, y cuando el pobre anciano muera, dice que irá á un convento.... ¡Ah! ¡Si hubiérais conocido al señorito Carlos, le hubiérais apreciado como yo!..... ¡Se despidió de mí con unos lagrimones!

El padre Julio es un santo; se marchó de misionero en el mismo buque en que iba el señorito Carlos, y dicen los papeles que recibe don Romualdo, que lo idolatran mas que á ninguno de los que han ido allá á predicar la doctrina de Jesucristo.

—¿Y cómo es, interrumpió uno de los curiosos que oían al narrador, que vino á parar allí el señor Julio en aquellos momentos tristes y con el sagrado carácter de la Iglesia, despues de tantos años y sin haber sabido lo que fué de su persona?

—Vaya, como que se dedicó á la carrera eclesiástica, y no volvió á aparecer mas su nombre en el mundo hasta que la tuvo concluida; yo, que fuí el encargado de llamar á un sacerdote, á él fué al primero que encontré; no le conocía, pero tenia tal dulzura en el semblante y era tan digno de ser respetado y querido..... Fué un misterio de la Providencia, que quiso premiar en la tierra la virtud de la señorito Clementina, haciendo que exhalara el último suspiro entre las oraciones del que fué su amante y recibiendo las bendiciones del Señor.

Miguel y Tecla ya no existen. María vive con la señorita Rosalía y con el tío Toni.

Así hablaba Manolillo, que tan bien supo aprender el ejemplo de la verdadera virtud, y así me lo repitió el narrador de la presente leyenda, en la cual he escrito lo que me hizo pensar y sentir la ternura de los cuadros que oía describir sencillamente y en los cuales no aparece ni un solo tipo que no signifique bondad y virtud.

Efectivamente; Carlos y Julio viajaron juntos, el primero como capitán de una fragata, y el segundo como misionero.

¡Cuántas veces recordaron las escenas que en esta leyenda

constantemente, bajo la sombra de los gigantescos árboles americanos, pronunciaron los nombres de Clementina y Rosalía!

Nada eran para ellos los padecimientos de la expedición, ni las terribles pruebas á que se vieron sometidos, ante el recuerdo de lo que habían sufrido sus corazones.

Juntos se hallaron en todos aquellos momentos terribles. Juntos estudiaron la grandeza de Dios en la naturaleza de aquellos bosques seculares, de aquellos ríos caudalosos, de aquellas tempestades que se forman con pasmosa rapidez y que se desatan imponentes. Episodios verdaderamente dramáticos apuntó Carlos en su cartera, que pueden formar un libro, porque en aquellas apartadas tierras, despues de ocho años de permanencia en ellas, encontraron uno de los personajes de los que mas figuran en esta leyenda, con las mas raras circunstancias que pueden haberse registrado jamás en novela alguna.

Carlos escribía todos los dias sus pensamientos y la narración de lo que había acontecido.

En la página en que trata del encuentro de esa persona, existía una de las líneas emborronada por las lágrimas.

Carlos no se avergonzaba de llorar, porque él mismo decía que reprimir las lágrimas del corazón era una hipocresía.

Julio llegó á ser un ídolo para una de las tribus de los naturales de aquel país, en donde hasta entonces no se había oído la voz de la religión del Crucificado.

¡Cuánto trabajó para atraer á la congregación de la Iglesia de Cristo á aquellos seres desgraciados!

¡Qué suplicio tan horroroso le prepararon y cuán milagrosamente se salvó, gracias á la intervención de Rosalía, que esta era la que por una de esas coincidencias que no son ex-

trañas en la vida, fué á aquellos bosques despues de un viaje con una familia inglesa, á quien la infeliz hubo de buscar para que la admitiese á su servicio!

Uno de esos hombres cuya vida es una série de crímenes, deseando vengarse de los desdenes de Rosalía, logró reducirla á la miseria mas espantosa para ver si vencía aquella virtud heróica.

Ella, fuerte y decidida á sacrificarlo todo por la virtud, supo que una familia inglesa deseaba una mujer que la sirviera y que la acompañara hasta el Paraguay, y se decidió á emprender el viaje.

La embarcacion se fué á pique, y despues de muchos dias de haber perdido el rumbo, muerto el capitan y el piloto, fué á parar á una costa desconocida con los pocos pasajeros que quedaban, entre los cuales iba Rosalía.

La tribu salvaje del Aguila dió muerte á cuantos encontró por la costa, dejando con vida solamente á la infeliz Rosalía, cuya belleza y cuya virtud fueron escudo contra el instinto sanguinario del jefe de la tribu.

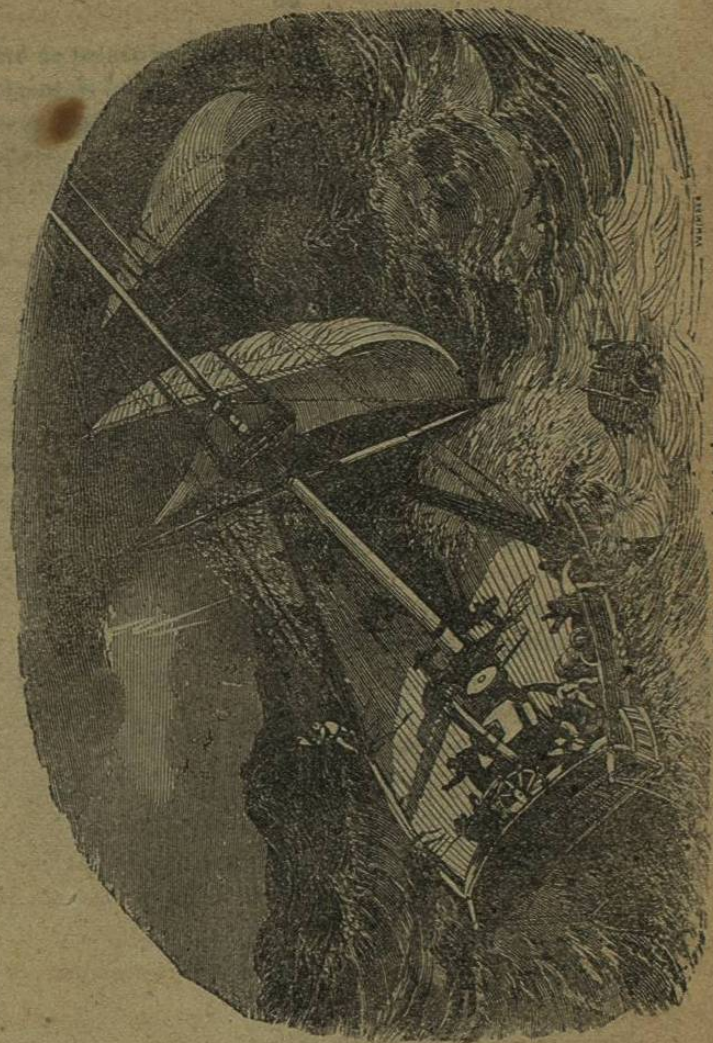
Llegaron á respetarla y adorarla con frenético exceso.

Y ella, aprovechándose del ascendiente que habia logrado entre ellos, consiguió humanizarlos.

Un dia en que Julio y Carlos cayeron prisioneros de la tribu del Aguila, y estaban sentenciados ya á morir asaetados, cuál fué su sorpresa al oir dos exclamaciones que imitaban á las de los salvajes, pero cuyo timbre de voz no era desconocido para ellos.

Ya tenian el arco preparado para soltar la mortífera flecha de punta envenenada.

Ya contaban con la muerte segura.



El buque se fué á pique.

Pero de pronto se interpone una mujer, y se presenta como blanco de las flechas.

Un grito aterrador llegó hasta las nubes y resonó en las montañas.

Las flechas caen de las manos de los salvajes, que se arrojan al suelo.

No es posible describir el efecto que aquella escena produjo en el marino y en el sacerdote.

Cuando levantaron la vista, se encontraron con aquella mujer que los miraba atónita.

¡Qué momentos de ansiedad!.....

Era Dios, que no olvidaba á ninguno de aquellos séres, quien los habia reunido en aquellos instantes.

Corrieron los dos confusos, aturdidos, á postrarse á los piés de Rosalía, que no podia explicarse la milagrosa coincidencia.

La tribu del Aguila no habia pensado oír jamas la voz de un sacerdote, y desde entonces la oyó sumisa y aprendió la doctrina católica.

Las escenas que precedieron y las que siguieron á aquellas, constan en un libro que he escrito con los apuntes tomados de la cartera de Carlos, y que se titula *En los bosques de América*, y prueba, como la presente leyenda, que la virtud en la tierra ha de sufrir dias de prueba, dias de amargura y peligrosas *Tempestades del alma*.

FIN.